a reputación de Jacques Lacan como formid­able teórico de escritos densos, y a menudo herméticas, ha eclipsado su condición de practicante, de terapeuta. Pero Lacan fue primero que todo un clínico de una inaudita versatilidad. Así, la novedad y originalidad de la enseñanza de Lacan se limitan meramente a una transformación de nuestras concepciones teóricas. Es, sobre todo, en el campo de la práctica clínica donde mejor pueden apreciarse, pues sus consecuencias han permitido volver a hallar seguros criterios para la dirección de la cura y recuperar la eficacia que, poco a poco, se había ido perdiendo junto con el desmoronamiento de las certidumbres de otrora. Una de sus virtudes –y ciertamente no la menor– es la de haber modificado fundamentalmente la manera habitual de em­prender el tratamiento de las neurosis más comunes, y supuestamente mejor conocidas, a saber: la histeria y la neurosis obsesiva. Allí donde el psicoanálisis contemporáneamente prospera se puede estar seguro de que allí también ha penetrado la enseñanza clínica de Lacan. Y allí donde sólo ha sido reconocido como teórico, se puede estar seguro de que el psicoanálisis ha entrado en decadencia. Un único ejem­plo basta: los Estados Unidos.

**LOGICAL TIME AND THE LIFE OF THE OBSESSIVE COMPULSIVE**

Nothing better than obsessive-compulsive neurosis illustrates the paralyzing consequences of alienation in the tertiary order. Doubt and procrastination are the manifest expression of the paradox that if existence is the negation of pure being, then impure life can only be the long wait for access to being... in death. Lacan’s “sophism of logical time” poses the act as the founder of the subject: three modes of time act successively on three subjects and precipitate the moment of assertion of the subject... of the three of them simultaneously. But the obsessive-compulsive is the odd man out; he fails his act because he misses the moment to conclude. For this reason he will never know if he belongs to this world or to the other one.

**LE TEMPS LOGIQUE ET LA VIE DE L’OBSÉSSIF**

Rien de plus illustratif dans le domaine de l’imaginaire, que la névrose obsessionnelle, conséquence paralyzante de l’aliénation. Le doute et la procrastination sont l’expression manifeste du paradoxe suivant lequel, si l’existence est la négation de l’être pur, alors la vie impure ne peut être que la longue attente pour arriver à être... lors de la mort. Le “sophisme du temps logique” de Lacan est la postulation de l’acte comme fondateur du sujet: trois modes temporels agissent successivement sur trois sujets et précipitent le moment de l’assertion du sujet... des trois simultanément. Mais l’obséssif est le troisième qui s’exclut soi-même, il échouera dans son acte parce qu’il laisse échapper le moment de conclure. C’est pour cela qu’il ne pourra jamais savoir s’il est de ce monde ou de l’autre.

**EL TIEMPO LÓGICO Y LA VIDA DEL OBSESSIVO**

Nada ilustra mejor la consecuencia paralizante de la alienación en el orden imaginario que la neurosis obsesiva. La duda y la procrastinación son la expresión manifiesta de la paradoja de que, si la existencia es la negación del ser puro, entonces la vida impura no puede ser sino la larga espera del acceso al ser... en la muerte. El “sofísmo del tiempo lógico” de Lacan postula el acto como fundador del sujeto: tres modos temporales actúan sucesivamente sobre tres sujetos y precipitan el momento de la afirmación del sujeto... de los tres simultáneamente. Pero el obsesivo es el tercero que se excluye a sí mismo; fracasa en su acto porque deja escapar el momento de concluir. Por eso nunca podrá saber si es de este mundo o del otro.

* Este texto adopta una única perspectiva respecto a la neurosis obsesiva: la tem­poral. Por eso el lector no debe esperar hallar más que lo que el título sugiere.

Así, los autores postfrendianos creían haber agotado y codificado para siempre todos los aspectos posibles de las neurosis en...
unas especies de cataloques raisonnées, al es- 
tilo de Otto Fenichel1, pero Lacan nos ense-
ña a reconocer, con una sorpresa que debió ser la de Freud en los tiempos de sus prime-
ros descubrimientos, regiones y continentes absolutamente desconocidos e inexplora-
dos. Estos “niños buenos del catecismo ana-
lítico”2 creían haber trazado mapas y pla-
ños fidedignos y completos, pero Lacan nos revela hasta qué punto no habían hecho otra 
cosa que confundir espejos con los oasis a los que creían haber llegado. Se había caído 
do en la trampa del desconocimiento cons-
titutivo del yo como instancia; se había sido 
victima de las prestidigitaciones y manier-
bras de distracción del propio yo. De allí que 
precisamente todas esas construcciones doc-
trinales, pretendidamente definitivas, no 
habían cumplido otro objetivo distinto al de 
servir como monumentos funerarios para el 
descubrimiento freudiano más esencial: el 
de la alteridad radical del inconsciente.

En este sentido, se puede decir que en un 
primer tiempo Lacan tuvo que efectuar un 
trabajo de limpieza comparable al de Hér-
cules barriendo los establos de Augias3. 
Y esto es particularmente cierto en lo que 
concierne a la neurosis obsesiva. Es verdad, 
igualmente, que las concepciones predomin-
antes en la literatura analítica habían 
llamado a confusiones alarmantes con res-
pecto a la historia, hasta tal punto que esta 
estructura, en parte debido a la mutación so-
ciológica de sus formas sintomáticas habitu-
teas, parecía correr la misma suerte de los 
arios y no poder hallarse sino en tex-
tos de paleontología analítica.

En cambio, en lo que concierne a la neuro-
sis obsesiva, se podría decir que más bien, 
al mismo tiempo que se perdía una clara 
concepción estructural de su particular 
economía y se tendía a reducir sus manifesta-
ciones fenomenológicas, no obstante altamente 
proteas, a una rígida tipificación caracte-
rológica, en un sorprendente movimiento de 
inerse de las relaciones, esta neurosis se 
apoderaba de toda la concepción misma del 
tratamiento analítico, obsesionalizándolo. 
Allí Lacan tuvo que hacer gran uso de su 
“escoba” del estadio del espejo para barrer 
las telarañas de la oblattività y mostrar que 
la obtención de la coalescencia de un sínto-
ma con la estructura social no equivale a su 
curación, pues, existe una estrecha correla-
ción entre la neurosis obsesiva y la estruc-
tura misma del yo. Desde los primeros tie-
pos de su enseñanza, en “El estadio del es-
pejo”, Lacan lo demuestra:

Correlativamente, la formación del yo [je] se simboli-
za oníricamente por un campo fortificado... y pareja-
mente, aquí en el plano mental, encontramos realiza-
das estas estructuras de plaza fuerte cuya metáfora 
surge espontáneamente, y como brotada de los sinto-
mas mismos del sujeto, para designar los mecanis-
mos de inversión, de aislamiento, de recupicación, de 
anulación, de despamplazamiento, de la neurosis ob-
sesiva4.

No sería exagerado decir que el yo encuen-
tra en los mecanismos obsesivos su modelo, ... o al revés:

La señorita Ana Freud ha enumerado, analizado y de-
finido, de una vez por todas, los mecanismos por medio 
de las cuales las funciones del yo adquieren su forma 
en el psiquismo. Conviene destacar que son estos mis-
mismos mecanismos los que determinan la econo-
mia de los síntomas obsesivos. Tienen en común un 
elemento de aislamiento y ponen el énfasis en el éxi-
to; como consecuencia de ello, a menudo nos encon-
tramos con sueños en los que el yo del señorante es 
representado como un estadío u otro espacio cerrado 
consagrado a la competencia por el prestigio 5.

Entonces, para poder comprender el drama 
del neurótico obsesivo, parecería apenas ló-
gico partir previamente de una comprensión 
del sentido de la experiencia inaugural del 
espejo en la constitución del yo. Lacan mism 
procede de este modo para iluminar el 
hecho esencial de la masiva prevalencia de 
rasgos narcisistas e imaginarios en las rela-
ciones que el obsesivo establece con su pró-
jimo:

Tomemos el caso concreto del obsesivo. En él la in-
cidencia mortal del yo es llevada al máximo. Detrás 
de la obsesión no está, como dicen algunos teóricos, 
el peligro de la locura, el símbolo desatado. El sujeto 
obsesivo no es el sujeto esquizoide que en cierto modo 
habla directamente a nivel de sus pulsiones. Es el yo 
en cuanto portador el mismo de su desposesión, es 
la muerte imaginaria. Si el obsesivo se mortifica 
se porque, más que otro neurótico, se apeg a su 
yo, que lleva en sí la desposesión y la muerte 
imaginaria 6.

En un proceso de alienación creciente, que 
Puede llegar a ser vertiginoso, el obsesivo 
se refracta, se multiplica y puebla su mun-
do con desdoblamientos de su propio yo:

En tanto deseante, se desdobra indefinidamente en 
una serie de personajes que los Fairbairn descubren 
maravillados. En el interior de la psicología del sujeto 
hay, apunta Fairbairn, mucho más que los tres perso-
najes de que nos habla Freud, id, superego y ego; 
siempre hay al menos otros dos que aparecen en 
los rincones. Pero aún es posible hallar otros, como 
in un vidrio con azogue: si miran con atención, no hay sola-
mente una imagen sino también una segunda, que se 
desdobra, y si el azogue es suficientemente denso, 
a decena de ellas, veinte, una infinidad 7.

Freud mismo ya había observado esta ten-
dencia del obsesivo a refractarse y volverse 
múltiple en su estudio princes del la neurosi-
obsesiva, “A propósito de un caso de neu-
rosis obsesiva” (1909) 8. Hablando de la 
orGANización de la personalidad de su 
paciente, el Dr. Lanzer, Freud anota que 
estaba

---

1 Véase el voluminoso y en-
ciclopédico tratado de Otto 
Fenichel, en 814 páginas, 
Teoría psicoanalítica de la 
nerviosis, Buenos Aires: 
 Paidos, 1966.

2 “Función y campo de la 
 paranoia y del lenguaje en el 
psicoanálisis”, en Escritos I, 

3 El mismo exclamó un día, 
a la mitad de su seminario 
sobre El observador e intepre-
tación (1957-58): “¿Quién 
abarrotará este enorme esterco- 
fero de los estudios de 
Augias de la literatura ana-
lítica”? Este seminario aún 
no ha sido ni establecido ni 
edadado.

estadio del espejo como for-
mador de la función del Yo 
[je] tal como se nos revela 
en la experiencia psicoana-
lítica”, en Escritos I, Méxi-
co: Siglo XXI, 1990, p. 90 
(traducción veramente en-
medida por mí).

5 Véase Jacques Lacan, 
“Some Reflections on the 
Ego”, en International Jou-
nal of Psychoanalysis, Vol. 
XXXV, 1953, p. 15 (traduc-
ción mía).

6 Véase Jacques Lacan, El 
Seminario, Libro II. El Yo 
y la teoría de Freud y en la 
técnica psicoanalítica, Bue-
400 (yo subrayo).

7 Ibid., p. 411.

8 Véase Sigmund Freud, 
Obras completas, Tomo X, 
estaba dividida en tres partes, una inconsciente y dos preconscientes, y la conciencia podía pasar de una de esas partes a otra en un abrir y cerrar de ojos. A nivel inconsciente, lo que el análisis reveló fue la existencia de un repertorio de moción pulsionales severamente reprimidas —“sofocadas”— es el término que Freud emplea en este contexto, cuyo contenido estaba constituido por tendencias “apasionadas” y “malas”, vale decir, agresivas y cruales. La organización “oficial”, por decirlo así, la cara que presenta en sociedad, era un conjunto de cualidades muy favorablemente valoradas en la interacción social y en sus funciones de júrispero: “Era bueno, jovial, reflexivo, prudente y esclarecido” y, por lo tanto, en una tercera organización psíquica “rendía tributo a la superstición y al ascetismo, de suerte que podía tener dos credos y sustentar dos diversas cosmologías”.

Freud ve en esta distribución de figuras un equilibrio eminentemente frágil, una especie de tregua entre fácticas opuestas y combatientes. La tercera organización, que hace aparecer en el Dr. Lehrs justamente lo que él más aborrece, al tiempo que lo desconcierta con su inexplicable irrupción, es la organización que, al parecer de Freud, tiene todas las opciones de triunfar y doblegar a la organización rival, porque precisamente es la que contiene todas las “formaciones reactivas” con qué enfrentar a las moción pulsionales prohibidas.

Y, a renglón seguido, Freud esboza igualmente otro caso de neurosis obsesiva, esta vez el de una dama, que se caracteriza por una fragmentación semejante: la coexistencia simultánea de una personalidad jovial y tolerante y otra, que le es opuesta diagonalmente: taciturna y ascética.

Así, el obsesivo está siempre frente a su imagen reflejada e invertida, su alter ego; pero, viéndose en este “Sosía” no se reconoce, y, de este modo instaura entre sí y el otro una relación de desconfianza, hostilidad, e incluso beligerancia, correlativa al narcisismo del yo. Pues, lo que importa subrayar es que esta coexistencia de figuras opuestas no es nunca pacífica. Entre las dos hay una característica tensión conflictiva en la que, como en seguida veremos, no es difícil reconocer las dos figuras antagónicas de la pareja del amo y el esclavo.

Esta es la tesis expuesta de Lacan desarrollada metódicamente en “La agresividad en el psicoanálisis” —“Tesis IV: La agresividad es la tendencia correlativa de un modo de identificación que llamamos narcisista y que determina la estructura formal del yo del hombre y del registro de entidades característico de su mundo”—. De modo que este desdoblamiento obsesivo está lejos de hacer apacibles las relaciones con el prójimo. Al contrario, son vividas en “toda la gama de las reacciones de prestancia y de ostentación, de las que sus víctimas revelan con evidencia la ambivalencia estructural, esclavo identificado con el despotado, actor con el espectador, seducido con el seductor”.

Las relaciones que el sujeto guarda consigo mismo, las vuelve a hallar en todas sus relaciones con su prójimo: “...porque la suerte del yo, por su propia naturaleza, es hallar siempre su reflejo frente a sí, reflejo que lo desposee de todo lo que desea alcanzar. Esa especie de sombra que es a la vez rival, amigo, o esclavo llegado el caso, lo separa esencialmente de aquello que está en juego, a saber, el reconocimiento del deseo”.

Sin embargo, el drama del obsesivo, fundado en la rivalidad con un otro en el cual el sujeto no puede reconocerse, no lo arrastra hacia las sublimes alturas de la tragedia; el destino de Édipo en Colona no es el suyo. Al contrario, su desgarro se representa en la escena banal de la comedia, comedia de la equivocación y del quid pro quo. Éste es el análisis que Lacan ilustra con la comedia de Molière, Anfrión, cuyo personaje, “Sosía”, es presentado por él como la mismísima encarnación del yo. Pues, es en la comedia donde los yoes tienen naturalmente la palabra, al decir de Lacan. En el desdoblamiento yocico hay algo irresistiblemente cómico, pues funda todas las posibilidades de equivocación, de auto-engano y de ceguera selectiva que constituyen las delicias del espectador. Me es imposible hacer aquí el resumen de la comedia de Molière; sólo puedo remitir al lector a texto de la comedia para una mayor inteligibilidad de lo que sigue. No obstante, le recuerdo que Molière toma su historia directamente de Plauto, aunque adaptándola para sus propias conveniencias dramatúrgicas.

Entonces, en Anfrión, antes de que Sosía se encuentre con Sosía —su alter ego, el dios Mercurio disfrazado como Sosía—, Sosía se imagina, de manera anticipada, su llegada y el discurso que proferirá a Alcmena, la esposa de su amo, el general Anfrión. En esta época discursiva, Sosía demuestra sus virtudes en el arte del desdoblamiento, asumiendo alternativamente el papel de Alcmena, el suyo propio en cuanto enviado de Anfrión, por tanto su representante, es decir identificado con él, y, finalmente, el de un tercero que comenta las palabras de Sosía y le felicita por la elegancia de sus giros.

Y, en efecto, un rasgo fenoménico de la obsesión consiste en esta inclinación a dis-
currir, a menudo en soliloquios, a dejarse atrapar en los meandros de las razones y los considerandos, en los que fácilmente puede reconocerse una pluralidad de voces y actantes. Pero, sobre todo, es el voluptuosidad del discursar por el discursarse mismo, la que anima el incesante parloteo del obsesivo consigo mismo. El cae sin remisión en la trampa que las palabras le tienden, y, fascinado por su propia imagen que vuelve a encontrar a nivel de las palabras mismas, se extravía en los laberintos de sus hábituales construcciones imaginarias:

El lenguaje encarnado en una lengua humana está hecho, no lo dudamos, con imágenes escogidas que poseen, todas ellas, cierta relación con la existencia viviente del ser humano, con un sector bastante estrecho de su realidad biológica, con la imagen del semejante. Esta experiencia imaginaria carga toda lengua concreta, y al mismo tiempo todo intercambio verbal, con algo que lo convierte en un lenguaje humano, en el sentido más prosaico y común del término humano, en el sentido de humano en inglés.

Precisamente por esto ella puede ser un obstáculo al progreso de la realización del sujeto en el orden simbólico... Somos seres encarnados, y siempre pensamos por medio de algún expediente imaginario que detiene, para, embrollar la mediación simbólica. Ésta se ve perpetuamente cortada, interrumpida.

Entonces, Sosia es, como hemos dicho, el yo. En su primera aparición en escena, después de la proeza de su soliloquio en que asume alternativamente los papeles de sí mismo, Alcmena y el tercero, juez aprobatorio de sus acrobacias verbales, Sosía, el yo, se topa con... Sosía, el otro yo. Lacan, en su Seminario, iba leyendo trozos escogidos del texto de Molière y comentándolos al paso:

La primera vez que el yo aparece, se encuentra con yo. ¿Yo, quién? Yo, que te ponga de patitas en la calle.

De eso se trata, y es lo que da a la comedia de Anfitrión su carácter verdaderamente ejemplar...

Sosía llega y se encuentra con Sosia.

- ¿Quién anda ahí?

- Yo.

- ¿Yo, quién?

- Yo. Valor. Sosia, se dice a sí mismo, porque aquel de seguro, es el verdadero, y se inquieta.

- ¿Cuál es tu condición? Dime.

- Ser hombre y hablar. Éste es uno que no estuvo en los seminarios pero que lleva su marca de fábrica.

- ¿Eres amo o criado?

- Según me venga en gana. (Eso está sacado directamente de Plauto, y es una linda definición del yo. La posición fundamental del yo frente a su imagen es, en efecto, esta inverosimilitud inmediata de la posición de amo y criado).

- ¿Adónde se encaminan tus pasos?

- A donde me antoja ir...

Y este proceso de toma y daca, entre Sosia y Sosía, de nuevo y nuevo, continúa hasta que culmina en su inevitable desenlace: Sosía termina por exasperar a Dios disfrasado y recibe de sus manos una formidable paliza. Paliza alocutora en la que se pueden ver los peligros, a veces muy reales, del desconocimiento del yo de sí mismo. Esta paliza es repetida, poco después, por el amo real de Sosía, Anfitrión, quien no entiende estrictamente nada del relato abracadabrante que Sosía le refiere.

Esta comedia de Molière es la perfecta ilustración de las tesis de Lacan respecto a desdoblamiento del obsesivo en la dialéctica del amo y del esclavo. Aparentemente, Sosía es el criado y Anfitrión, el amo. Pero, esto no es tan seguro, porque precisamente sus papeles son invertibles. En cierto sentido, el

---

13 Ibid., pp. 470-471. (La cursiva es mía).
14 Ibid., pp. 395-396.
verdadero Anfitrión es Sosía: “El hombre que imagina que el objeto de su deseo, la paz de su goce, depende de sus méritos. Es el hombre del superyo, aquel que eterna- mente quiere elevarse a la dignidad de los ideales del padre, del amo, e imagina que así podrá alcanzar el objeto de su deseo” 17.  

Lo que Lacan sostiene es que el amo es una creación del esclavo; que, en realidad, Anfitrión es Sosía:  

...lo que Sosía tiene que aprender no es que nunca se ha encontrado con su Sosía: es absolutamente cierto que se encontró con él. Tiene que aprender que él es Anfitrión, el señor lleno de gloria que no entiende nada de nada, nada de lo que se desea, y que cree que basta con ser un general victorioso para hacer el amor con su mujer. Este señor fundamentalmente alienado que jamás encuentra el objeto de sus deseos, tiene que darse cuenta por qué le importa fundamentalmente ese yo, y cómo ese yo es su alienación funda- mental. Tiene que darse cuenta de esa generalidad profunda, que es también una de las perspectivas esen- ciales de Anfitrión, y en dos planos: e de esos Sosías que se miran el uno en el otro, el de los dioses 18.  

La comedia de Anfitrión despliega sobre el esce- nario los dos polos de la relación dialéctica del amo y del esclavo que el obsesivo encarna simultáneamente en sí mismo, y, de este modo, nos permite aprehender cuál es el ver- dadero alcance estructural del mito del amo y del esclavo que Lacan toma de Hegel (vía Kojève), adaptándolo y enriqueciéndolo.  

Este mismo mito del amo y del esclavo permite elucidar, igualmente, dos rasgos estructurales e interdependientes: el empe- cinamiento en el trabajo y la permanente rivalización en busca del prestigio, rivaliza- ción insaciable, porque jamás aporta una sa- tisfacción definitiva. Lacan comenta el mito hegeliano en estos términos:  

Hegel da cuenta del vínculo intrahumano. Tiene que responder no sólo de la sociedad sino también de la historia. No puede descuidar ninguno de sus aspectos. Ahora bien, uno de esos aspectos esenciales no es ni la colaboración entre los hombres, ni el pacto, ni el vínculo de amor, sino la lucha y el trabajo. Hegel se centra en este aspecto para estructurar en un mito originario la relación fundamental, en el plano que él mismo define como negativo, como marcado de ne- gatividad.  

Lo que diferencia la sociedad animal –no me asusta la expresión– de la sociedad humana, es que esta última no puede fundarse en ningún vínculo objetiva- ble. Debe incorporarse la dimensión intersubjetiva como tal. Por lo tanto, en la relación entre amo y esclavo no se trata de domesticación del hombre por el hombre. Esto no es suficiente. ¿Qué es lo que funda, pues, esta relación? No es el hecho de que quien se acepta vencido pida clemencia y grite, sino el hecho de que el amo se ha comprometido en esta lucha por razones de puro prestigio y que, por ello, ha arruina- do su vida. Este riesgo marca su superioridad y es en su nombre, y no en el de su fuerza, que es reconocido como amo por el esclavo.  

Esta situación comienza por un callejón sin salida, ya que para el amo el reconocimiento del esclavo nada vale, puesto que quién lo reconoce no es más que un esclavo, es decir, alguien que el amo no reconoce como hombre. La estructura del punto de partida de esta dialéctica hegeliana no presenta salida alguna. ¿Ven así cómo no carece de afinidad con el callejón sin salida de la situación imaginaria?  

Sin embargo, esta situación va a desarrollarse. Su punto de partida es mitico, puesto que imaginario. Pero sus prolongaciones nos introducen en el plano simbólico. Ustedes conocen esas prolongaciones, son las que permiten que se hable de amo y esclavo. En efecto, a partir de la situación mitica, se organiza una acción y se establece la relación del goce y del trabajo. Al esclavo se le impone una ley: satisfacer el deseo y el goce del otro. No basta con que pida clemencia, es necesario que vaya a trabajar. Y cuando se va al tra- bajo aparecen normas, horarios: entramos en el do- minio de lo simbólico 19.  

Preciso es reconocerlo: el obsesivo trabaja encarnazadamente –incluso para su espar- cimiento–, aunque nada diremos, por el momento, respecto a la calidad de los resul- tados que obtiene con su incesante es- fuerzo. Y, por lo general, los horarios y las normas poseen un alto valor para él. No obse- 
stante, él no halla satisfacción en su labor y en su rendimiento, porque su trabajo se le ha vuelto “doblemente enajenante. Pues no sólo la obra del sujeto le es arrebatada por otro, lo cual es la relación constituyente de todo trabajo, sino que el reconocimiento por el sujeto de su propia esencia en su obra, donde ese trabajo encuentra su razón, no le escapa menos, pues él mismo ‘no está en ello’…” 20.  

Ésta es la fuente del profundo desespero del obsesivo y su insatisfacción permanente, tanto consigo mismo como con su obra. Mientras más trabaja, menos contento está su amo, quien exige nuevos esfuerzos. Así, como antes dije, el mito del amo y del esclavo posee un valor estructurante. En un pro- ceso cíclicamente renovado, el obsesivo se rebela y lucha, es vuelto a vencer y se some- te otra vez más al yugo de su amo. Su sola esperanza, correlativa a su desesperanza –pues el obsesivo nunca pierde la esperan- za–, es la muerte del amo. Y, en esto, el obsesivo sabe que el tiempo obra a su favor, y que puede contar con su inexorable concur- so: el amo es necesariamente mortal, y, por tanto, él tendrá todo el tiempo 21.  

Es en esa medida, también, como el obsesivo es el hombre del continuo discursir; es el hombre del lenguaje, pues, como lo anota Lacan, si la palabra se sitúa en la dimensión de la prisa, el lenguaje “por su parte, dispone de todo el tiempo” (y, por eso, agrega Lacan, “con el lenguaje no se llega a na- da” 22).
Sin embargo, una lucha se ha entablado y, vencido en ella, el obsesivo reconoce la superioridad de su vencedor y se somete a él para poder ser reconocido. ¿En qué consiste este singular combate? Se trata de una mera competencia por el prestigio, de un pavoneo, de la confrontación imaginaria de los respectivos atributos. Para la elucidación de esta contienda de pura forma la experiencia del espejo es absolutamente decisiva. Porque lo que el sujeto descubre en ella, en cuanto relación narcisista con su semejante, es una imagen anticipada de su propio desarrollo futuro que tiene el efecto de “relegarlo a él mismo al plano de una profunda insuficiencia, y testimonio en él de una fisura, de un desgarramiento original, de una derrelección, para volver a tomar el término heideggeriano. Por esta razón, en todas sus relaciones imaginarias, es una experiencia de la muerte la que se manifiesta”.

En la ostentación espectral, el obsesivo se amila, reconoce la superioridad de su adversario, se declara perdedor y, de allí en adelante, le corresponderá el rango del esclavo. Pero eso le ocurre porque no ha podido arriesgar lo que el amo si ha puesto en juego: su vida, pues, como vimos, lo que le confiere al amo su prestigio y su superioridad es que ha arriesgado su vida:

El obsesivo manifiesta en efecto una de las actitudes que Hegel no desarrolló en su dialéctica del amo y del esclavo. El esclavo se ha escabullido ante el riesgo de la muerte, donde le era ofrecida la ocasión del dominio en una lucha de puro prestigio. Pero puesto que sabe que es mortal, sabe también que el amo puede morir. Desde ese momento, puede aceptar trabajar para el amo y renunciar al goce mientras tanto; y, en la incertidumbre del momento en que se producirá la muerte del amo, espera.

Ésta es la razón más fundamental por la cual el obsesivo no puede hallar satisfacción en el fruto de su trabajo: pues “no está en ello”, sino ocupado realmente en otra cosa, en “el momento anticipado de la muerte del amo, a partir de la cual vivirá, pero en espera de la cual se identifica a él como muerto, y por medio de la cual él mismo está ya muerto”.

Ésta, también, es la razón intersubjetiva, nos dice Lacan, de los famosos rasgos obsesivos de carácter de la duda y de la procrastinación.

Por el instante, no nos detengamos en la temática de la muerte en la vida del obsesivo, pues a ella llegaremos... en su debido momento. Pero, primero, tratemos de establecer el valor de los elementos en juego en la confrontación espectral de la que el obsesivo se escabulle, perdiendo así su oportunidad de obtener la victoria. Como hemos visto, la experiencia del espejo confronta al sujeto subitamente con una imagen en la que le es propuesto, no sólo aquello en lo cual reconocerse, sino, además, algo en lo que ya puede verse un Urbild-Ideal que se yergue delante del espectador. Es por esto por lo que Lacan sostiene que en la imagen hay algo que trasciende el movimiento, lo mutable de la vida, en el sentido de que le sobrevive a ésta. La imagen ideal parece subsistir por sí misma, contener en sí su propia causal y no carecer de insuficiencia ni falta de ninguna. Ante ella, en su confrontación inaugural, el sujeto sólo puede experimentar sus propias insuficiencias -ligadas a la prematuridad de su nacimiento- como doblemente desconsoladoras. El contraste entre la imagen especular, unificada y completa, y la vivencia propioceptiva de su incompleitud e incoordinación es una dolorosa prueba que el sujeto se inflige, al mismo tiempo que la imagen no cesa de fascinarlo y atraerlo.

En esto ve Lacan un punto ejemplar, un punto altamente significativo que nos permite “presentificar”... los puntos de encrucijada donde puede emerger... [la] posibilidad, siempre ofrecida al sujeto, de una auto-ruptura, de un auto-destierro, de una auto-mordida ante ese algo que, a la vez, es él y otro.

En ello ve una cierta dimensión del conflicto en la que no hay otra solución que la de un: o bien... o bien... Tiene que tolerarla como una imagen insoslayable que le arrebata a sí mismo, o tiene que romperla en seguida, es decir, invertir la posición, considerar como anulado, anulable, rompible al que tiene en frente, y conservar el mismo lo que, en ese momento, constituye el centro de su ser, la pulsión de ese ser que le puede ser evocada por la imagen, la imagen del otro, sea ésta especular o encarnada. La relación, el vínculo de la imagen con la agresividad es, aquí, perfectamente articulable.

La neurosis obsesiva, en su calidad de alienación imaginaria, permanece prisionera de esta lógica de exclusión recíproca. Ciertamente, el obsesivo no procede simplemente a volver aíntos la imagen del otro, que aparece en el espejo ataviado irreconociblemente bajo las formas del Yo Ideal, erguido como si fuese el falso mismo. Su proceder es más moderado, más astuto, pero a la larga lo condena a una impotencia tan grande como si hubiera efectuado en verdad la abolición del Otro.

Lo que llamamos agresividad en la obsesión se presenta siempre como una agresión precisamente a esta forma de aparición del Otro que he llamado, en otros tiempos, falalia, el Otro en cuanto, justamente, puede presentarse como falso. […] rechazo del signo del deseo del Otro como tal, no abolición ni destrucción del deseo del Otro, sino rechazo de sus signos. Y de ahí procede y se determina esta imposibilidad tan particular que afecta a la manifestación de su propio deseo.

Es esto lo que hace que, habiendo perdido en la confrontación imaginaria, el obsesivo...
sea tan mal perdedor, y le confiere su estilo característico de rivalidad solapada, de ren- cor y de resentimiento. Su agresión, a me- nudo de modo aleve y a mansalva, elige las manifestaciones, o signos, del deseo del Otro, y no el Otro mismo, pues, ¿qué haría el obsesivo sin su amo?

Volvamos ahora, entonces, al examen de la función desempeñada por la muerte en la economía del obsesivo. ¿De qué muerte se trata? Pues, justamente de la muerte como “Amo Absoluto”, “supuesto en la conciencia por toda una tradición filosófica desde Hegel”, y el temor al cual “está psicológica- mente subordinado al temor narcísista de la lesión del cuerpo propio”29. El “Amo Abso- luto” pertenece por entero al registro simbólico y es sólo desde allí como puede ejercer su función como regla de juego que regula la dialéctica del amo y del esclavo29.

De hecho, (estel) mito mismo sólo puede ser concebi- do como ya ceñido por el registro simbólico... la si- tuación no puede estar fundada en no sé qué pánico biológico ante la cercanía de la muerte. Nunca la muerte es experimentada como tal, nunca es real. El hombre sólo teme a un miedo imaginario. Pero esto no es todo. En el mito helgeliano, la muerte no está ni siquiera estructurada como temor; está estructurada como riesgo y, por decirlo todo, como apuesta29.

No obstante, la astucia del obsesivo consis- te, precisamente, en la “imaginización” de la muerte, en su anulación como figura-lí- mite, como apuesta simbólica. Y, correlati- vamente, como lo hemos visto, el obsesivo, más que ninguno, se aferra a su yo, aunque esto signifique su desposesión y su consa- gración a la muerte imaginaria. ¿Por qué ocurre así?

El hecho es evidente: el obsesivo es siempre otro. Cuen- to lo que cuente, sean cuales fueren los sentimientos que comunica, siempre son los de otro y no los suyos. Esta objetivación de sí mismo no se debe a una in- clinación o a un don introspectivo. En la medida en que evita su propio deseo, presentará todo deseo en el cual se embarque, así fuese en apariencia, como de- seo de ese otro él mismo que es su yo...

No es que esté muerto en sí mismo, ni realmente. ¿Para quién está muerto? Para el que es su amo. ¿Y con respecto a qué? Con respecto al objeto de su goce. Borra su goce para no despertar la cólera de su amo. Pero, por otra parte, si está muerto o se presenta como tal, ya no está ahí, es otro y no él el que tiene un amo e, inversamente, él mismo tiene otro amo. Por consi- guiente, siempre está en otra parte31.

Así, el obsesivo espera, siempre espera. Es esta espera misma la que le sirve para man- tener a distancia la muerte en cuanto Amo Absoluto. Y, mientras tanto, siempre puede esperar la muerte del amo. Pero, “más allá de la muerte del amo, será preciso que afronte la muerte como todo ser plenamente rea- lizado, y que asuma, en el sentido heidege-
muerte se desencadenase, pero del que se espera que la muerte acabe con él.

Así es como del otro imaginario la muerte viene a tomar el semblante, y que a la muerte se reduce el Otro real. Figura límite para responder a la pregunta sobre la existencia 54.

La imaginaria del Amo Absoluto, y la correlativa negación del ser-para-la-muerte, tiene una gravisima consecuencia: así se le cierra en las narices del obsesivo la puerta que conduce al reconocimiento de su propio deseo. Pues, la muerte desempeña, además, la función vital –es el caso de decir– de funcionar como mediadora y de permitir la salida del callejón de la confrontación puramente especular, que por sí sola, como hemos visto, no conduce sino a la impracticable lógica de la exclusión reciproca.

La muerte es perfectamente concebible como un elemento mediador. Antes de que la teoría freudiana haya puesto el acento, con la existencia del padre, sobre una función que es, a la vez, función de la palabra y función del amor, la metafísica hegeliana no vaciló en construir toda la fenomenología de las relaciones humanas en torno a la mediación mortal, tercero esencial mediante el cual el hombre se humaniza en su relación con su semejante. Y se puede decir que la teoría del narcisismo (...) da cuenta de ciertos hechos que permanecen enigmáticos en Hegel. Porque, después de todo, para que la dialéctica de la muerte para la muerte, de la lucha por el puro prestigio, pueda simplemente iniciarse, es preciso que la muerte no sea realizada efectivamente, pues el movimiento dialéctico se detendría por falta de combatientes; es preciso, entonces, que sea imaginada. Y, en efecto, de lo que se trata en la relación narcisista es de la muerte imaginada, imaginaria 55.

Por tanto, la muerte desempeña el papel esencial de mediador. Gracias a ella, y solamente a ella, el sujeto obsesivo puede solucionar sus aporías imaginarias. La llave que abre la puerta de su encierro no se encuentra en la relación dual, y mortífera, que guarda consigo mismo, y que tiene a generalizar a todos sus tratos con los demás. Debe buscarse en su relación con la muerte.

De una manera perfectamente característica, es posible hallar siempre, en un momento dado, en la constelación de desdoblamientos narcisistas que el neurótico obsesivo genera, una estructura de cuatro términos. Es un cuarteto el que es puesto en escena, a veces inestable, lo que permite la sustitución de los miembros del cuarteto y su remplazo por nuevos reclutas ad hoc, según las circunstancias lo requieran. Lacan halla este sistema cuaternario en la raíz "de todos los callejones sin salida y las insolubilidades de la situación vital de los neuróticos" 56.

No obstante, esa misma estructuración cuaternaria contiene en sí la posibilidad de su solución, pues el reconocimiento de su naturaleza numérica, es decir simbólica, permite que una acción puede ejercerse sobre ella por medio de instrumentos simbólicos. Por simplemente que definan el campo de una inter-subjetividad, su análisis supone siempre cierta cantidad de datos numéricos, como tales simbólicos.

... el campo intersubjetivo no puede dejar de desembocar en una estructuración numérica, en el tres, en el cuatro, que en la experiencia analítica son nuestros puntos de referencia.

Por primitivo que sea, este simbolismo nos coloca inmediatamente en el plano del lenguaje, en la medida en que, fuera de él, no puede concebirse numeración alguna 57.

De ahí la importancia que Lacan atribuye a la teoría de los juegos de Von Neumann y Morgenstern. Pues, tal teoría, precisamente, es un estudio fundamental de la estructuración simbólica de la relación intersubjetiva. Y, en cuanto teoría matemática, nos sitúa en el plano simbólico por excelencia. Naturalmente, fue la investigación analítica, y más específicamente, el mismo dispositivo analítico, el que hizo posible que Lacan pudiera, más allá de la estructura tercera del Edipo, aislar este grupo de cuatro e identificar sus componentes. Es esto lo que lleva a Lacan a enunciar como un axioma básico de la teoría analítica que "una estructura cuartapartita es desde el inconsciente siempre exigible en la construcción de una ordenación subjetiva" 58. No puedo aquí desarrollar en detalle la crítica lacaniana ("crítica", en el sentido kantiano) de la estructura tripartita del Edipo, pero ciertamente hay que decir con claridad –como lo dice Lacan– que el cuarto elemento es la muerte 59.

Y, he aquí la descripción lacaniana del dispositivo analítico y de su acción específica:

El análisis no prograsa, como se nos afirma, por una especie de autoobservación del sujeto basada en el famoso splitting, desdoblamiento del ego que sería fundamental en la situación analítica. La observación es una observación de observación, y así se sigue, lo que no hace sino perpetuar la relación fundamentalmente ambigua del yo. El análisis prograsa por la palabra del sujeto en tanto que pase más allá de la relación dual, y entonces ya nada encuentra salvo al Otro absoluto, que el sujeto no sabe reconocer. Debe reintegrar progresivamente en esa palabra, esto es, hablarse finalmente al Otro absoluto desde ahí donde está, desde ahí donde su yo debe realizarse, reintegrando la descomposición paradójica de sus pulsiones, de las que no basta decir que en ellas no se reconoce; fundamentalmente, en tanto que yo, las desconoce 40.

Se puede decir que el dispositivo analítico recrea el cuarteto del neurótico, pero no para darle nueva vida ni para que el obsesivo perpetúe allí su vieja estrategia de embaucar al Otro haciéndose el muerto. De lo que se trata es de permitir que la situación cuaternaria

15 "Le mythe individuel du névrose", op. cit., p. 306.
16 "Kant con Sade", Escritos II, op. cit., p. 753.
17 "El Seminario. Libro I, op. cit., p. 327.
18 "Kant con Sade", Escritos II, op. cit., p. 306.
19 "El cuarto elemento, ¿cuál es? Pues, bien yo designaré esta noche dichándome que es la muerte".

103
pueda instalarse para que la acción analítica proceda a desmontarla progresivamente, dándole al analizante la oportunidad de trascender los límites de la relación dual, y de -por fin- cumplir su cita con el Otro.

Por eso enseñamos que no hay sólo en la situación analítica dos sujetos presentes, sino dos sujetos presentes cada uno de dos objetos que son el yo y el otro, dando a este otro (Attr) el índice de una a mínuscula inicial. Ahora bien, en virtud de las singularidades de una matemática dialéctica con las cuales habrá que familiarizarse, su reunión en el par de los sujetos S y A sólo cuenta en total con cuatro términos, debido a que la relación de exclusión que juega entre a y a' reduce a las dos parejas así anotadas a una sola en la confrontación de los sujetos.

Con esta partida entre cuatro, el analista actuará sobre las resistencias significativas que lastra, frene y devían a la palabra, aportando él mismo al cuarteto el signo primordial de la exclusión que connota el "o bien - o bien" de la presencia de o de la ausencia, que desentrañaría formalmente la muerte incluida en la Bildung narcísica. ...

Esta quiere decir que el analista interviene directamente en la dialéctica del análisis haciéndose el muerto, cadaverizándose su posición, como dicen los chinos, ya sea por su silencio allí donde es el Otro (Attr), con una A más, ya sea anulando su propia resistencia allí donde es el otro (Attr) con una A mínuscula. En los dos casos, y bajo las incidencias respectivas de lo simbólico y de lo imaginario, presentifique la muerte 41.

La acción analítica, así, desde su inicio, alivia al analizante haciendo que sea el analista quien cargue el peso del muerto; es éste, quien de ahora en adelante, se hace el muerto, despejando el terreno para la aparición del Amo Absoluto, y guardándose de adopar el papel de alter ego, o de cómplice en la estrategia del obsesivo. Sin duda, como lo anota Lacan, es ésta la verdadera "abnegación" del analista, si bien, en cuanto analista, su deseo lo lleva a poderlo realizar, y no alguna formación, o mejor deformación, profesional.

No se podría razonar a partir de lo que el analizado hace soportar de sus fantasías a la persona del analista, como a partir de lo que un jugador ideal supuesta de las intenciones de su adversario. Sin duda hay también estrategia, pero que nadie se engañe con la metáfora del espejo en virtud de que conviene a la superficie lisa que presenta al paciente el analista. Rostro cerrado y labios cosidos, no tienen aquí la misma finalidad que en el brige. Más bien con esto el analista se adjudica la ayuda de lo que en ese juego se llama el muerto, es para hacer surgir al cuarto que va a ser aquí la pareja del analizado, y (en) cuyo juego el analista va a esforzarse, por medio de sus bazas, en hacerle adquirir la mano: tal es el vínculo, digamos de abnegación, que impone al analista la prenda de la partida en el análisis.

... lo que es seguro es que los sentimientos del analizado sólo tienen un lugar posible en este juego, el del muerto: y que si se le reanima, el juego se prosigue sin que se sepa quién lo conduce 42.

Comentando cierta interpretación de Freud, aparentemente errónea, a su analizante, el Dr. Lehrs, Lacan observa que en ella:

Freud da prueba [...] de una intuición en la que ade lanta lo que hemos aportado sobre la función del Otro en la neurosis obsesiva, demostrando que esa función se aviene a ser llenada por un muerto, y que en ese caso no podría serlo mejor que por el padre, en la medida en que, muerto efectivamente, ha alcanzado la posición que Freud reconoció como la del Padre absoluto 43.

Precisamente, la salida del atolladero obsesivo sólo puede ser proporcionado por el Otro, el cuarto, limitarse a la estructuración meramente triangular significa mantenerse dentro de la organización imaginaria e impedir, no sólo que algo nuevo aparezca, sino que la verdadera pregunta del obsesivo pue da llegar siquiera a formularse.

Pero la solución es de buscarse por otro lado, por el lado del Otro (Attr), distinguido por una A más, bajo cuyo nombre designamos un lugar esencial a la estructura de lo simbólico. Ese Otro es exigido para situar en lo verdadero la cuestión del inconsciente, es decir para darle el término de estructura que hace de toda la secuencia de la neurosis una cuestión y no un engaño: distinción que muestra un relieve en el hecho de que el sujeto no ejerce sus juegos sino para "desviar la cuestión" 44.

Ahora bien, lo que conviene destacar con nitidez es el hecho de que la neurosis está constituida esencialmente por una pregunta: es ésta su verdadera dimensión y no se puede exagerar su alcance.

Pues es una verdad de experiencia para el análisis que se plantea para el sujeto la cuestión de su existencia no bajo la especie de la angustia que suscita en el nivel del yo y que no es más que un elemento de su súquito, sino en cuanto pregunta articulada: "¿Qué soy ahí?!", referente a su sexo y su continencia en el ser, a saber que es hombre o mujer por una parte, por otra parte que podría no ser, ambas conjugando su misterio, y anudándolo en los símbolos de la procreación y de la muerte. Que la cuestión de su existencia bafia al sujeto, lo sostiene, lo invade, incluso lo desgara por todas partes, es cosa de la que las tensiones, los suspensos, los fantasmas con que el analista traspone las fe de, y aun falta decir que es a título de elementos del discurso particular como esa cuestión en el Otro se articula 45.

Subrayemos, entonces, esta dimensión de la pregunta como constitutiva de la neurosis. Es la "cuestión del ser o mejor dicho la pregunta a secas, la de '¿por qué uno mismo?', por la que el sujeto proyecta en el enigma su sexo y su existencia" 46.

... fábica, histórica u obsesiva, la neurosis es una cuestión que el ser plantea para el sujeto "desde allí donde estaba antes de que él sujeto viniese al mundo" (esa subordinada es la propia frase que utiliza Freud al explicar al pequeño Hans el complejo de Edipo).

Se trata aquí de ese ser que no aparece sino durante el instante de un relámpago en el vacío del verbo ser,
y ya dije que plantea su pregunta para el sujeto. ¿Qué quiere decir eso? No la plantea ante el sujeto, puesto que el sujeto no puede venir al lugar donde la plantea, sino que la plantea en el lugar del sujeto, es decir que en ese lugar plantea la cuestión con el sujeto, como se plantea un problema con una pluma y como el hombre antiguo pensaba con su alma.47

Entonces, si avanzando rápidamente se puede decir que la pregunta histórica es: “¿Qué soy, hombre o mujer?”48, la pregunta del obsesivo es: “¿Qué soy, muerto o vivo?”. Y pienso que no hay mejor ilustración de cómo el obsesivo plantea su pregunta con el sujeto que el “sofisma” lacaniano expuesto en el ensayo “El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma” (1945)49. Desde nuestro punto de vista en este ensayo, todo este nuevo sofisma puede pensarse como un tratamiento de la pregunta fundamental por el ser. En efecto, “El tiempo lógico” termina con una re-elaboración del silogismo clásico:

1. Un hombre sabe lo que no es un hombre;
2. Los hombres se reconocen entre ellos por ser hombres;
3. Yo afirmo ser un hombre, por temor de que los hombres me convengan de no ser un hombre50.

Así, se hace evidente que de lo que en realidad se trata en “El tiempo lógico” no es nada menos que de la cuestión esencial, y existencial, del ser que el sujeto qui sujeto es llevado inevitablemente a plantear. ¿Qué soy? “Soy un hombre”, lo cual en su pleno valor no puede querer decir otra cosa que esto: “Soy semejante a aquel a quien, al fundarlo como hombre, fundo para reconocerme como tal”51. El sofisma del “tiempo lógico” intenta demostrar, en un apólogo, cómo “negociar” los calzadores sin salida de la relación narcisista y dual. Es la demostración de la venida al mundo del sujeto como tal, de los procesos de subjetivación como una especie de ecuación lógica (“...la solución de lo imposible es aportada al hombre por el agotamiento de todas las formas posibles de imposibilidades encontradas al poner en una ecuación significante la solución”52). Lo que nos interesa en particular aquí es cómo el obsesivo malogra su planteamiento y, por tanto, no llega a una conclusión definitiva que le confiera una certidumbre respecto a su ser.

Veamos en qué consiste el sofisma, y primero, el problema de lógica que constituye su punto de partida:

El director de la cárcel hace comparecer a tres detenidos selectos y les comunica el aviso siguiente:

“Por razones que no tengo por qué exponerles ahora, señores, debo poner en libertad a uno de ustedes. Para decidir a cuál, remito la suerte a una prueba a la que se someterán ustedes, si les parece.

“Son ustedes tres aquí presentes. Aquí están cinco discos que no se distinguen sino por el color: tres son blancos, y otros dos son negros. Sin enterarse de cuál he escogido, voy a sujetarle a cada uno de ustedes uno de estos discos entre los dos hombres, es decir fuera del alcance directo de su mirada, estando igualmente excluida toda posibilidad de alcanzarlo indirectamente por la vista, por la ausencia aquí de ningún medio de reflejarse.

“Entonces, les será dado un cierto tiempo para considerar a sus compañeros y los discos de que cada uno se muestre portador, sin que les esté permitido, por supuesto, comunicarse unos a otros el resultado de su inspección. Cosa que por lo demás les prohibiría su puro interés. Pues será el primero que pueda concluir de ello su propio color el que se beneficiará de la medida liberadora de que disponemos.

“Se necesitará además que su conclusión esté fundada en motivos de lógica, y no únicamente de probabilidad. Para este efecto, queda entendido que, en cuanto uno de ustedes esté dispuesto a formular una, cruzará esta puerta a fin de que, tomado aparte, sea juzgado por su respuesta”.

Aceptada la propuesta, se adorna a cada uno de nuestros sujetos con un disco blanco, sin utilizar los negros, de los cuales, recordemoslo, sólo se disponía de dos53.

En el apólogo de Lacan, los tres sujetos se examinan entre sí un cierto tiempo, entonces avanzan juntos unos pasos, se detienen, se vuelven a examinar y de nuevo avanzan, sólo para parar de nuevo para un re-examen, hasta que finalmente todos a una cruzan la puerta. Interrogados por aparte cada uno da esta explicación:

“Soy un blanco, y he aquí cómo lo sé. Dado que mis compañeros eran blancos, pensé que, si yo fuese negro, cada uno de ellos hubiera podido inferir de ello lo siguiente: ‘Si yo también fuese negro, el otro, puesto que debería reconocer en esto inmediatamente que el es blanco, habría salido en seguida; por lo tanto yo no soy un negro’. Y los dos habrían salido juntos, convencidos de ser blancos. Si no hacían tal cosa, es que yo era un blanco como ellos. Así que me vine a la puerta para dar a conocer mi conclusión”.

Así es como los tres salieron simultáneamente, dueños de las mismas razones de concluir54.

En seguida, Lacan examina detalladamente el valor sofístico de esta solución, las refutaciones que se podrían intentar, y demuestra que su valor lógico se mantiene, a pesar de estos intentos de refutación, con la condición de que se integren en el las dos escisiones suspensivas, o mociones suspendidas en el movimiento de los sujetos hacia la puerta y su libertad. Estas escisiones suspensivas, que no pueden ser más de dos, le permiten a Lacan mostrar la estructuración temporal del proceso lógico, dividido en tres tiempos:

50 “La agresividad en psicoanálisis”, Escritos I, op. cit., p. 110.
52 “El tiempo lógico”, op. cit., pp. 187-188.
53 “Por razones que no tengo por qué exponerles ahora, señores, debo poner en libertad a uno de ustedes. Para decidir a cuál, remito la suerte a una prueba a la que se someterán ustedes, si les parece.”
el instante de la mirada, el tiempo para comprender y el momento de concluir.

Por otra parte, es un tiempo marcado por una cualidad tensional especial: hay que apresurarse a concluir, antes de que los otros lo hagan; no se puede quedar atrás, pues si el sujeto deja que los otros dos se le adelanten perderá, junto con su tiempo, la ocasión —precisa por ser única— de llegar a una conclusión definitiva. Y, si eso ocurriera, nunca podrá saber con certeza si no es un negro; quedará irremediablemente condenado a errar, sumido en una eterna duda y vacilación.

Lamentablemente, no podrá desarrollar en detalle aquí el análisis de este problema de lógica y de su solución “sófistica”

54. Pues, lo que interesa, por encima de todo en este contexto, es la forma como el obsesivo se comporta en esta prueba lógica.

Pero, primero consideraremos la forma exacta en la que los prisioneros razonan y aqué­ llo que les permite dar con la solución adecuada; es esto lo que nos hará posible ver en qué yerra el obsessive y qué es lo que le impide, por tanto, llegar a la salida de su atolladero.

Se podría decir, quizás, que lo que este ejercicio de lógica aplicada tiene de sofístico radi­ ca en que, en realidad, no hay sino un solo sujeto en escena. Los otros dos no son más que desdoblamientos suyos, pues “los otros dos sujetos son perfectamente imaginarios para el tercero; éste los imagina, son simplemente la estructura recíproca como tal”

55. De ahí, la “suposición” posible de los procesos de razonamiento que el sujeto efectúa, su atribución a los otros dos de procedimientos inferenciales que les permiten descubrir qué color de disco porta en sus espaldas.

El primer tiempo del proceso lógico, el instante de la mirada, no permite inferir nada definitivo. Lo que el sujeto ve son los dos discos blancos que llevan sus ro-detienen. Si viene dos negros, en un abrir y cerrar de ojos se abalanzaría sobre la salida, seguro de ser un blanco. En ese caso, extremadamente simple, prácticamente no hay problema cognitivo; sería una mera exclusión lógica: estando ante dos negros, se sabe que se es un blanco. Se resuelve la situación instanta­neamente, pues basta con ver.

Pero, precisamente, hay dilema por el hecho de que no se ve ningún disco negro, y por la excelente y sencillísima razón de que ningún disco negro ha sido empleado. Este hecho es el que obliga a recurrir a un razonamiento discursivo. Y es de este modo como el problema del ser — ¿Qué soy, blanco o negro?— se plantea con el sujeto, un sujeto que aparece, en este apologo, como exterior, fuera del sujeto y en el espacio.

Al ver dos discos blancos, y ninguno negro, el sujeto tiene que razonar que si el otro vie­ se un blanco y un negro (él mismo, en caso de que fuese un negro), no podría tardar en darse cuenta de que, si los otros dos no se han ido ya, es porque él mismo no puede ser un negro sino un blanco. Este es un ra­ zonamiento que, además, debe postularse como absolutamente recíproco entre los tres “sujetos” que se hallan en ese trampanto. Como se ve, entonces, lo que desempeña un papel absolutamente determinante y definitivo es precisamente no lo que se ve, sino lo que no se ve: un disco negro.

Dicho en otros términos, nuestro trío de prisioneros no puede encontrar la llave de su libertad sino justamente en un cuarto ele­ mento que no está dado, y que, por su aus­ encia misma, permite la instauración del juego o proceso lógico discursivo. “En todo análisis de la relación intersubjetiva, lo esencial no es lo que está ahí, lo visto. Lo que es la estructura, es lo que no está ahí”

56. El negro, polo opuesto del blanco, elemento de la ausencia pura, cuarto miembro con el cual se complementa la presencia real de los tres, es la “presencia” misma de lo simbólico en cuanto tal bajo la única forma en que puedan hacerse efectivamente presente; pura figura-límite que hace que el blanco sea blanco. Es la clave estructural de la bóveda. Por eso, no vacilo en afirmar que el negro es, como cuarto elemento, la muerte simbólica misma. Sin el negro, no hay blanco; de la misma manera, sin la muerte no hay vida. La muerte debe pensarse aquí como “límite de la función histórica del sujeto”:

... no como vencimiento eventual de la vida del individuo, ni como certidumbre empírica del sujeto, sino según la fórmula que da Heidegger, como “posibili­ dad absolutamente propia, incondicional, irresponsable, segura y como tal indeterminada del sujeto”, enten­ dámolo del sujeto definido por su historicidad.

[..] Tai es el muerto del que la subjetividad hace su compañero en la tríada que su mediación instituye en el conflicto universal de Philia, el amor, y de Neikos, la discordia.

Ahora bien, aunque como ya he advertido, no puedo proceder a un desmontaje y aná­ lisis detallado de toda esta prueba lógica, lo que si tengo que destacar, por más que sólo sea de pasada, es el hecho de la concepción temporal de la lógica que impone. Es decir, toda especialización del problema sólo puede inducir en error. Son las escisiones temporales las que ponen al sujeto en la pista acertada y permiten la solución del enigma. Es el hecho de que los otros dos vacilan, esperan un tiempo y luego vuelven a dudar.
para, después de madura reflexión, volver a avanzar, lo que le permite al sujeto, a su turno, precipitarse en la premura de una conclusión forzada y hallar su libertad.

Este sofisma, como lo anota Lacan, no tole-
ra su espacialización:

Es precisamente porque nuestro sofisma no la tolera por lo que se presenta como una apófisis para las formas de la lógica clásica, cuyo prestigio "elerno" refleja esa invalidez que no por ser la suya es menos recogida: a saber que no aportan nunca nada que no pueda ya ser visto de un solo golpe.

Muy al contrario, la entrada en juego como significantes de los fenómenos aquí en litigio hace prevalecer la estructura temporal y no espacial del proceso lógico. Lo que las mociones suspendidas denuncian no es lo que los sujetos ven, es lo que han encontrado positivam-
ente por lo que no ven: a saber, el aspecto de los discos negros.

El disco negro es el elemento mediador. Es el atributo "negativo" o elemento de la negatividad que "no puede intervenir sino en un número igual al número de los sujetos menos uno" (dos discos negros, pero tres su-
jetos, en este apólogo). Por eso, sostengo que el negro representa el Amo Absoluto mismo, la muerte, pero en su función estrictamente simbólica, que instaura la alternancia mínima de la pareja de contrarios de la presencia o de la ausencia. Es en virtud del elemento ausente como los sujetos pueden llegar a una conclusión respecto a lo que son, en cuanto presencias, al no poder verse sino en el espejo del otro.

Ahora bien, ¿qué le sucede al obsesivo para que quede sumido eternamente en la duda? Podemos localizar su estancamiento, su parálisis, a nivel de la segunda escarceo suspensiva. Éste es el momento definitivo en el que debe precipitarse para concluir: "Es éste el aserto sobre uno mismo, por el que el sujeto concluye el movimiento lógico en la decisión de un juicio". El tiempo para comprender no debe durar más de lo imperativamente ne-
cesario. La demora aparece en la medida en que es el sujeto retoma el movimiento de comprender, "bajo el modo subjetivo de un tiempo de retraso respecto de los otros en ese movimiento mismo". Lógicamente, está en la urgencia de concluir, está impelido a ello por los desplazamientos evidentes de los demás. Pero, subjetiva los datos objetivos, y, de ese modo insidioso, entra de nuevo la duda; es decir, vuelve a formular la hipótesis de que los otros dos blancos ven en él un negro. Si esto fuese cierto, si esta hipótesis fuese verdadera, los otros dos simplemente no habrían tenido que formularla, pues estarían viendo un negro. Y, así, "los dos blancos se le adelantan en el tiempo de compás que implica en su detrimento el haber tenido que formar esa hipótesis misma". Pero, en efecto, el obsesivo se deja adelantar por los otros dos. Decide cuando ya es dema-
siado tarde para acceder a una plena certidumbre en un aserto que lo arrojaría adelante para asumir la subjetividad que es suya y que ha sido suya todo el tiempo. "...Si deja que se le adelanten sus semejantes en esa conclusión, ya no podrá reconocer si no es un negro. Pasado el tiempo para comprender el momento de concluir, es el momento de concluir el tiempo para comprender. Porque de otra ma-
nera este tiempo perdería su sentido".

Y así sucede con el obsesivo: su tiempo ya no tiene sentido, porque su tiempo es el de la eternidad, la del Amo Absoluto:

La eternidad es el tiempo divino por excelencia, el tiempo de la plenitud del ser, de una totalidad a la que no falta nada. Es un tiempo estacionario, perma-
mente, estable, como una imagen, sin comienzo ni fin, sin sucesión, sin destrucción, no mensurable. Es una duración pura en la que nada sucede, pues desde siempre todo ya está allí. (...) Lacan calificó a este tiempo por fuera del tiempo como "una estafa".

De este modo, el obsesivo malora su acto, El tiempo apremia; el mismo movimiento lógico debería precipitar, "a la vez su juicio y su partida, y el sentido etimológico del verbo, la cabeza por delante, da la modulación en que la tensión del tiempo se invierte en la tendencia al acto que manifiesta a los hombres que los sueños ha concluido. Si el obsesivo no se precipita es porque se imagina tener todo el tiempo por delante. Y, al situarse en la dimensión de la eternidad, pretende anular la muerte, "figura-limite para responder a la pregunta sobre la existencia".

Y, sin embargo, la lógica de todo el proceso es perfectamente elemental: "El sujeto pensando el pensamiento del otro, ve en el otro la imagen y el esbozo de sus propios movimientos. Ahora bien, cada vez que el otro es exactamente el mismo que el sujeto, no hay más que el que el otro absoluto, la muerte. Pero el esclavo necesita cierto tiempo para percibirlo, ya que está demasiado contenido con ser esclavo, como todo el mundo.

El problema es que el obsesivo no puede, o no quiere, reconocer que "el otro es exactamente el mismo que el sujeto". No puede admitir que no hay ser superior, y, por eso, cae en la trampa del espejo que le ofrece un otro perfeccionado, superior, dotado de todos los atributos y erguido en una estatura in-
conmensurablemente mayor que la suya. En la comparación y confrontación imaginarias reconoce en el otro un amigo, una imagen ideal. Es esto lo que le induce en el error de suponerse un negro, posarse un negro simbólico en la que se refugia ante la triunfal blancura de los otros. Y, si perdura en su
atraso que permite que los otros se le ade- lan ten y qué

cimenten así en él la conclusión de que es un ne- 
go, no puede dudar de que ha aprehendido bien el 
momento de concluir, precisamente porque no lo ha 
aprehendido subjetivamente (y en efecto podría in-
cluído encontrar en la nueva iniciativa de los otros la 
confirmación lógica de su creencia en que él es desempeñante de los otros). Pero si se detiene, es que 
subordinará su propia conclusión de los otros, que la 
suspende en seguida cuando ellos parecen suspender 
suya, luego pone en duda que él sea un negro has-
ta que ellos le muestren de nuevo la via o la descubra 
por sí mismo, según lo cual concluirá esta vez ya sea 
que es un negro, ya sea que es un blanco: tal vez en 
falso, tal vez con acierto, punto que permanece impe-
netrable a cualquiera que no sea él 64.

Nuestro obsesivo no tolere la comparación o confrontación con el otro. Se sustrae ante 
el peligro imaginado, y aun antes de que las 
hostilidades se declaren, se ausenta del lu-
gar del combate. Como París, es arrebatado 
lejos del campo de batalla y se refugia en 
otra parte:

Ustedes no comprenderán nada del obsesivo si no se 
acuerdan de esta dimensión que él, como obsesivo, 
encarna, que es la de ser de más –es su forma propia 
de lo imposible–, y, desde que intente salir de su posi-
ición emboscada de objeto oculto, es preciso que él 
sea el objeto de ninguna parte. De ahí esa especie de 
avidez, casi feroz, en el obsesivo de ser aquel que 
está en todas partes, para no estar justamente en nin-
guna.

El gusto por la ubicuidad del obsesivo es muy conocio-
do, y, si no lo capitan, ustedes no comprenderán nada 
de la mayor parte de sus comportamientos. La menor 
de las cosas, puesto que él no puede estar en todas 
partes, es la de estar, en todo caso, en varios lugares a 
la vez, es decir, en todo caso, en ninguna parte donde 
se le pueda agarrar 65.

¿Y a dónde se hace transportar el obsesivo?: 
“El obsesivo arrastrada en la jaula de su narcisi-
sismo los objetos en que su pregunta se re-
percute en la coartada multiplicada de figu-
ras mortales y, domesticando su alta volte-
reta, dirige su homenaje ambigujo hacia el 
palco donde tiene él mismo su lugar, el del 
amo que no puede verse. Trahita su quemue 
rupturas...” 66.

Es en esto como se puede reconocer al obsesi-
vo: siempre se toma por el director de la 
cárce. Se complace en imaginarse el maes-
tro de los juegos. Es a éste a quien dedica su 
“homenaje ambigujo”, allá en su palco, sin 
darse cuenta de que es en él en quien está 
alienado. De este modo, confundiéndose 
con quien ha instaurado la regla del juego, 
pero sin poder percatarse de ello, el obses-
ivo pasa a ocupar el lugar de la Ley. Esto mis-
o lo condena a la ceguera, a la imposibili-
dad de reconocer en los otros su propio 
deseo. Como el Rey, y luego el Ministro, y, 
finalmente Dupin mismo en “La carta roba-
da” de Edgar Allan Poe, se en-carta con el 
atributo que ningún ser humano puede le-
gítimamente poseer. Y es esta seudo-pose-
sión la que hace que se enceguece.

De este modo, fuera de peligro, a una dis-
tancia que le hace inaccesible a su temido y 
respetado rival, el obsesivo cree haber esca-
pado a lo peor, pero es sólo para hallarse, 
de ahí en adelante, objeto de toda clase de 
remordimientos, auto-reproches y dudas 
atormentadoras. El tiempo, como hemos 
visto, pierde su sentido, y un aburrimiento 
principesco se apodera de él, sin que su im-
potencia misma le permita encontrar solaz 
ni alivio en ninguna actividad que propor-
cione satisfacción ni regocijo. Incluso su afá-
noso atareamiento sólo encubre una indolen-
cia esencial que obedece a que, por poner a 
salvo el falo, ha renunciado al deseo.

Estas son las consecuencias que ineluctable-
mente se derivan del engaño del obsesivo. 
Porque, en este juego, es fatal intentar en-
gañar al adversario, pues esto significaría 
abolir para sí toda posibilidad de llegar a su 
propia verdad, que está fundada en la de 
de los otros dos jugadores. Y, así, se demuestra 
“cuánto depende para todos la verdad del 
rigor de cada uno” 67.

El obsesivo, pues, cae víctima de su propia 
estragia, de su propia astucia. Quiere evi-
tar el riesgo, oculta y niega su propio deseo, 
rehusa reconocerse en el otro que él erige 
en imagen de un adversario superior que es 
preciso engañar, farolea para distraer y se 
hace el muerto para burlar la Muerte. No 
aprehende el valor mediador de la muerte 
simbólica y, procrustinando, decide dema-
siado tarde, lo que hace que su acto sólo sea 
a medias y carezca de su plenitud subjetiva. 
Tomándose por un negro en lo simbólico, a 
nivel imaginario se cree el director de la pri-
sión que tiene todas las llaves en su bolsillo. 
Se condena, entonces, a una pena perpetua, 
esperando la muerte de su carcelero imagi-
nario. Su servidumbre voluntaria, no por 
imaginaria carece de todos los efectos rea-
les de inhibición, sintonía y angustia que 
Freud fue el primero en describir en un len-
guaje de rigor y de exactitud.

Pero, más o menos en la misma época en 
que Freud escribía su estudio clínico del caso 
del Dr. Lanzer, otro súbdito de Kakania 68, 
escrito, en un alemán que no deja nada que 
enviadir al del psicoanalista del Premio 
Goethe, la siguiente parábola:

ANTE LA LEY

Aante la ley hay un guardián. Un campesino se presen-
ta frente a este guardián, y solicita que le permita en-
trar en la Ley. Pero el guardián contesta que por ahora
no puede dejarlo entrar. El hombre reflexiona, y pregunta si más tarde lo dejarán entrar.
– Es posible –dice el portero–, pero no ahora.

La puerta que da a la Ley está abierta, como de costumbre; cuando el guardián se hace a un lado, el hombre se inclina para esperar. El guardián lo ve; se ríe y le dice:
– Si tanto es tu deseo, haz la prueba de entrar a pesar de mi prohibición. Pero recuerda que soy poderoso. Y sólo soy el último de los guardianes. Entre salón y salón también hay guardián, cada uno más poderoso que el otro. Ya el tercer guardián es tan terrible que no puedo soportar su aspecto.

El campesino no había previsto estas dificultades; la Ley debería ser siempre accesible para todos, piensa él; pero al fijarse en el guardián, con su abrigo de pieles, su nariz grande y aguilera, su barba larga de tartar, rala y negra, decide que le conviene más esperar. El guardián le da un banquito, y le permite sentarse a un costado de la puerta. Allí espera días y años. Intenta infinitas veces entrar, y fatiga al guardián con sus súplicas. Con frecuencia el guardián mantiene con él breves conversaciones, le hace preguntas sobre su país, y sobre muchas otras cosas; pero son preguntas indiferentes, como las de los grandes señores, y para terminar, siempre le repite que todavía no puede dejarlo entrar. El hombre, que se ha provisto de muchas cosas para el viaje, sacrificó todo, por valioso que sea, para sobornar al guardián. Éste acepta todo, en efecto, pero le dice:
– Lo acepto para que no creas que has omitido algún esfuerzo.

Durante esos largos años, el hombre observa casi continuamente al guardián: se olvida de los otros, y le parece que éste es el único obstáculo que lo separa de la Ley. Maldice su mala suerte, durante los primeros años temerariamente y en voz alta; más tarde, a medida que envejece, sólo murmura para sí. Retorna a la infancia, y como en su larga contemplación del guardián ha llegado a conocer hasta las pulgas de su cuello de piel, también suplica a las pulgas que lo ayuden y convenzan al guardián. Finalmente, su visión se debilita, y ya no sabe si realmente hay menos luz, o si sólo lo engañan sus ojos. Pero en medio de la oscuridad distingue un resplandor, que surge inextricable de la puerta de la Ley. Ya le queda poco tiempo de vida. Antes de morir, todas las experiencias de esos largos años se confunden en su mente en una sola pregunta, que hasta ahora no ha formulado. Hace señas al guardián para que se acerque, y que el rigor de la muerte endurezca su cuerpo. El guardián se ve obligado a agacharse mucho para hablar con él, porque la disparidad de estaturas entre ambos ha aumentado bastante con el tiempo, para desmedro del campesino.
– ¿Qué quieres saber ahora? –pregunta el guardián–. Eres insaciable.

– Todos no esfuerzan por llegar a la Ley –dice el hombre–; ¿cómo es posible entonces que durante tantos años nadie más que yo pretendiera entrar?

El guardián comprende que el hombre está por morir, y para que sus desafectantes sentidos perciban sus palabras, le dice junto al oído con voz atronadora:
– Nadie podía pretenderlo, porque esta entrada era solamente para ti. Ahora voy a cerrarla.23.

23 Franz Kafka, “Ante la ley” (Vor dem Gesetz I, en La condición, Buenos Aires: Emecé, 1967, pp. 84-86.)